

Ave Maria

Estimados frailes, religiosas y amigos de la Familia de los Siervos:

En la Iglesia, durante todo el año, no existe ninguna otra celebración tan emotiva y cercana a nosotros como lo es la celebración de la Navidad. Muchas experiencias humanas y profundas son parte de esta celebración y las hemos vivido desde nuestra infancia: una espera ansiosa, una atención y bondad humanas, seguridad e intimidad. Pero en el fondo, esta celebración contiene en sí misma una verdad que por medio de la fe, llega particularmente a nuestros corazones y al mismo tiempo resulta increíble: nos muestra el modo en cómo, a través de un pequeño niño recién nacido, Dios mismo se acerca a nosotros y nos habla. Esta verdad no es obvia, para la mente humana es incomprensible.

Es así como en los primeros siglos de la historia de la Iglesia encontramos a cristianos escandalizados (como el hereje Marcione) por el hecho que el Hijo de Dios ha venido a nuestro mundo como un niño pequeño e indefenso. Estos “cristianos escandalizados” consideraban que la venida del Mesías, del cual la Carta a los hebreos dice que “*es superior a los ángeles*” y que “*lo adoraron*” (cfr. *Heb 1, 4.6*), no podía ser de otro modo, lo habría hecho como un hombre adulto, es decir como un hombre con fuerza y potencia, adquirida desde el día de su bautismo en el Jordán. No pudieron ni siquiera imaginar que la infancia de Jesús tuviera que ver con su misión divina, propia del Cristo.

Para ser honesto, a veces cuando oro delante del recién nacido, tengo pensamientos semejantes al momento de contemplar cada año el “nacimiento”. En más de una ocasión me ha venido a la mente la expresión del teólogo Karl Rahner: “creer significa soportar la incomprensión de Dios para toda la vida”. A veces me imagino y me pregunto, si yo hubiera sido uno de los pastores de Belén y hubiera

podido ver a “*María, José y el Niño que dormía en el pesebre*” (Lc 2, 16), mirando al Dios hecho hombre, ¿habría yo creído en la promesa que el ángel comunicó a los pastores?: “*Hoy ha nacido en la ciudad de David un salvador, que es el Cristo Señor*” (Lc 2, 11).

En realidad, no estaría seguro aun cuando hoy para nosotros es más fácil creer porque conocemos la historia de Jesús desde su nacimiento hasta su resurrección, y hemos crecido y madurado esta fe desde nuestro bautismo. Aun así, como dice Karl Rahner, Dios estará y permanecerá en nosotros siempre como algo incomprensible. No solamente en la imagen del “Mesías-Niño” Dios se nos muestra como algo incomprensible, sino que muy seguido también lo hace en otros momentos de nuestras vidas, como por ejemplo, cuando no responde a nuestras oraciones; cuando no hace nada respecto a lo que con fervor le solicitamos; cuando hace que sintamos su lejanía en los momentos difíciles de la vida, en los momentos en los que precisamente necesitamos más de él; o bien, cuando interviene sorprendente e inesperadamente en nuestra vida haciéndose presente en nuestro camino, sugiriéndonos y enseñándonos más bien su forma y estilo de vida.

Dios es así de incomprensible y esto es algo que no es siempre fácil de aceptar. A mí personalmente, la breve historia de “El zapatero Konrad” que quiero compartir con ustedes, me ha ayudado mucho para acercarme al “Dios incomprensible” de mi vida y entenderlo mejor.

“Una mañana, Konrad, el zapatero, se levantó muy temprano y puso orden en su lugar de trabajo, encendió la estufa y preparó la mesa. Hoy no deseaba trabajar. Esperaba un huésped, el huésped más importante que se pueda esperar: Dios mismo. Y es que, durante la noche, en el sueño, Dios le hizo saber que al día siguiente vendría como huésped a su casa. Ahora, ya sentado a la mesa del comedor y en un ambiente cálido, esperaba a Dios con el corazón lleno de alegría.

Fue entonces que escuchó pasos fuera de la casa y en seguida alguien llamó a la puerta. Konrad se dio prisa para abrir la puerta, pero no era Dios, se trataba solo del cartero que tenía frío y tenía los dedos de sus manos casi congelados y que en ese momento solo deseaba una taza de té caliente que Konrad había preparado y tenía en la estufa. Entonces Konrad lo dejó entrar y le ofreció una taza de té para calentarse. ‘Gracias’, le dijo el cartero, ‘lo has hecho bien’, y después el cartero continuó con su camino.

Cuando el cartero apenas salió de la casa, Konrad rápidamente arregló de nuevo la mesa y se sentó cerca de la ventana para esperar a su gran huésped. Seguramente no tardaría en llegar, sin embargo, desde ese momento hasta el mediodía no sucedió nada. De repente, a través de la misma ventana vio a un niño que pasaba y cuando pudo verlo más de cerca, se percató que por sus mejillas escurrían algunas lágrimas. Konrad lo llamó y se enteró que había perdido a su madre en la confusión de la ciudad y ahora no sabía cómo regresar a casa. Konrad decidió acompañar al muchacho de regreso a casa, pero antes, escribió una nota que decía: “*Dios, te pido me esperes. No tardo*”, y dejándola sobre la mesa, salió con el niño sin cerrar la puerta.

Haber acompañado a ese niño le tomó más tiempo del que esperaba, por lo que regresó a casa ya cuando oscurecía. Al acercarse a su hogar, vio que alguien estaba ahí, frente a una de las ventanas. En un primer momento Konrad se espantó, pero en seguida la emoción cambió y su corazón se llenó de alegría pues inmediatamente pensó: “¡finalmente Dios ya llegó!”. Pero no fue así. Se trataba de la mujer que vivía en el piso superior del mismo edificio. Ella parecía estar cansada y triste. Konrad supo que la mujer no había dormido durante tres noches debido a que su hijo Pejta estaba muy enfermo y no sabía ya que hacer, pues mientras la fiebre aumentaba, el pequeño no lograba moverse ni distinguir a su propia madre. Konrad tuvo lástima de la mujer que había vivido sola con su hijo desde que el marido de ésta había muerto. Y así estuvo junto a ellos, cuidando del pequeño Petja, tratando de bajarle la temperatura con paños húmedos mientras la mujer descansaba un poco.

Cuando Konrad regresó finalmente a su casa ya era más de medianoche; así, muy cansado y completamente desilusionado, se fue a dormir. La jornada había terminado y Dios no se había

presentado. De repente Konrad escuchó una voz. Era la voz de Dios que decía: ‘Gracias, gracias porque me has ofrecido el calor de tu casa, gracias porque me has acompañado de regreso cuando estaba yo perdido, gracias por tu consuelo y ayuda cuando estaba enfermo, gracias Konrad por haberme permitido ser tu huésped hoy’.¹

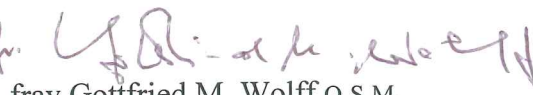
Todos conocemos muchas oraciones: por nuestra Orden, por los otros y también por mí, con las cuales se pide la ayuda del Señor y se espera con anhelo una respuesta de parte suya. Con el pasar del tiempo he ido aprendiendo que Dios viene a mi encuentro, sobre todo en la vida de cada día, en los encuentros y en las tareas de mi trabajo cotidiano. He aprendido que Dios está cercano a mí, particularmente cuando trato de vivir bien, con honestidad y con entrega, los servicios que implican mi papel actual al interno de la Orden.

Con el nacimiento del Hijo Divino en la carne, Dios se ha hecho presente en nuestra humanidad y hoy por hoy, quiere estar más cercano a nosotros.

Para esta Navidad, deseo que todos ustedes puedan sentir y reconocer la presencia y cercanía de nuestro Señor en sus vidas. Logrando reconocer su presencia y su cercanía, sabremos agradecerse siempre. Esto es importante para una vida feliz, para una fe feliz, y claro está, para una ¡Feliz Navidad!

Son mis deseos sinceros, junto con los de cada uno de los frailes de nuestra comunidad de San Marcello. ¡Muy feliz Navidad y un próspero año nuevo!




fray Gottfried M. Wolff O.S.M.
Prior general

Roma, 25 de noviembre de 2017
Solemnidad *N. S. Jesucristo, Rey del universo*
Prot. 357/2018

¹ Hoffstümmer W., Kurzgeschichten 2, Mainz 1983,14-15.